

Agente X

Walter Greatshell

Traducción:
María Sánchez Salvador



Libros publicados de Walter Greatshell

XOMBIS

1. Agente X

Próximamente:

2. *Apocalypticon*

Título original: *Apocalypse Blues*

Primera edición

© Walter Greatshell, 2004

Ilustración de cubierta: Calderón Studio

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2011, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es

www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-672-8 Depósito legal: B-33474-2011

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 10

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas», C/ Pico Mulhacén, 24.

Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey, Madrid; o un correo electrónico a informacion@lafactoriadeideas.es, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

Agradecimientos

Gracias a mi agente, Laurie McLean; a mi editora, Danielle Stockley; y a la vicepresidenta de Berkley, Susan Allison, cuya creencia en la resurrección de los muertos hizo esto posible. De hecho, me debo a todo el mundo en las editoriales Berkley y Ace; las meteduras de pata son mías, no suyas.

Finalmente, mi mayor agradecimiento es para mi esposa, Cindy, por no haber dejado que olvidase nunca que esto no solamente era posible, sino inevitable. Como siempre, este libro es para ella.

Me llamo Louise Alaric Pangloss, tengo diecisiete años y padezco amenorrea primaria cromosómica. No tengo por costumbre anunciarlo al mundo, pero ahora queda tan poco de él que apenas importa lo que yo diga. Soy de complejión muy menuda, es decir, plana como una tabla, y con frecuencia me confunden con una chica de la mitad de mi edad. Esto se debe, en parte, a mis rasgos neoténicos, como de niña abandonada. Pero en el pasado también era debido a mi vestuario, el cual, a través de los años, se fue convirtiendo en un disfraz cada vez más adecuado y pensado para provocar compasión entre cobradores de facturas, inspectores de educación, trabajadores sociales y otros funcionarios del sistema burocrático. Consistía en un vestido de terciopelo verde con canesú y cuello de encaje, una blusa de mangas abultadas, calcetines blancos por la rodilla y unos relucientes zapatos Buster Brown. Junto con mi piel blanca como la leche, mis separados ojos color ámbar y mi cabello negro recogido en una coleta, todos estos elementos se combinaban para crear un arquetipo de inocencia eduardiana que mi madre manejaba felizmente como si yo fuese una muñeca de vudú. El efecto resultaba especialmente arrasador si yo fingía unas lágrimas o empleaba acento británico. He de decir que, al margen de mi papel, yo no era una niña especialmente adorable. En una escuela de primaria me apodaron «la extraterrestre» debido a mi supuesto parecido con los hombrecillos grises de los ovnis. En otro colegio fui «Lucy», por el irritante personaje de *Snoopy*.

Cómo he acabado en una capilla ardiente, bajo un cristal, con una procesión de hombres y chicos ofreciendo sus respetos a mi cuerpo magníficamente conservado (y todo esto a bordo de un submarino nuclear de clase Ohio) es el centro de la historia que estoy a punto de relatar. Es la única constancia conocida de estos acontecimientos.

Mi madre y yo nos perdimos las noticias sobre el agente X porque nos pasamos la mayor parte de aquel mes de enero encerradas en un bungalow en la playa a las afueras de Jerusalem, en Rhode Island. Antes de aquello habíamos estado viviendo en Providence, acosando a un hombre mayor al que mamá había perseguido desde Anaheim, California; un hombre que ella insistía en que era mi padre. Su cruzada se me antojaba embarazosa e inútil: si ella había sido tan estúpida como para quedarse embarazada de un viejo verde que había aprovechado la primera ocasión para huir, aquello decía más de su carácter que del de él. Después de haber vivido con ella durante diecisiete años, yo sabía muy bien que era como un grano en el culo. Aquel tío me daba lástima.

Cuando empezamos a repartir folletos en su barrio de Pawtucket, el vejete se asustó y huyó a su casa de verano junto al mar.

—No podrás librarte de mí tan fácilmente —murmuró mamá con malicia, bien entrada la noche—. Ah no, amigo. Si eso es lo que crees, ya puedes ir pensando en otra cosa. Desde luego.

Tuvimos que hacer las maletas y dejar nuestro pequeño apartamento de la calle Gano a altas horas de la madrugada, un ejercicio con el que yo ya estaba familiarizada después de toda una vida de maniobras encubiertas.

—¿No es divertido? —decía mamá sin apenas aliento mientras cargábamos el traqueteante Corolla. Sus ojos brillaban con entusiasmo. Hacía frío.

—Sí, claro —dije yo—. ¿Qué se supone que voy a hacer con mi bici? —Acababan de regalármela por Navidad, una Huffy nueva.

—Tú déjala bajo las escaleras con el candado puesto, cielo. Ya volveremos a por ella.

Aquello era típico de ella: sabía que nunca volveríamos a poner un pie en un kilómetro a la redonda de aquel lugar, no con todos los pagos atrasados del alquiler y las facturas que debíamos. Habíamos ido dejando un reguero de mascotas y posesiones abandonadas desde una costa a la otra y ella actuaba como si algún día fuésemos a seguirlo de vuelta a casa, como si fuese un rastro de migas de pan. ¿Acaso no se daba cuenta de que nos largábamos al otro lado de Norteamérica? El único lugar que nos quedaba por recorrer era el océano Atlántico.

En respuesta a mi desdeñosa mueca, dijo:

— ¡Vamos, amargada! ¡Es una aventura! ¡Muestra un poco de espíritu!

No era difícil encontrar una vivienda de alquiler en temporada baja en complejos vacacionales veraniegos. Los propietarios de ese tipo de instalaciones solían mostrarse encantados de tener inquilinos en invierno, así que no se complicaban la vida con asuntos de contratos, principio y final de mes, procedencia o historiales de crédito. Añadid a eso la rebaja en el precio del alquiler, la escasez de vecinos ruidosos y la atractiva y apartada situación, que tendía a desalentar a los notificadores judiciales, y entenderéis por qué este tipo de alojamiento era esencial para nosotras. El pobre y viejo señor Fred Cowper no tenía ni idea de que, al retirarse a la orilla del mar, ni por asomo estaba retirando el felpudo de entrada a su casa.

Mamá enseguida nos instaló en un pueblecito sin árboles, con casitas de listones blancos de madera esparcidas como cajones de manzanas sobre un campo comunitario. El paisaje lo conformaban cuerdas de tender vacías y tanques de gas propano en los patios traseros. Parecía un campo de minas durante la fiebre del oro, o al menos los restos abandonados de uno. El mar no estaba exactamente a las puertas, pero olía a huevos podridos cuando la marea bajaba y, para mí, eso significaba que podía recoger almejas, ostras y otras delicias marinas de las que era una ávida consumidora desde que había leído *Acechando vieiras*, de Euell Gibbons.¹ Con el paso de los años, me había aprendido aquel libro prácticamente de memoria y todavía seguía sintiéndome un poco culpable cada vez que leía las palabras «Propiedad de la biblioteca pública Oliver Lafarge». Aparte de unos cuantos jubilados como Cowper, que apenas se dejaban ver, y de una casa al final

¹ N. de la t.: El título original (la obra no ha sido traducida al español) es *Stalking the Blue-eyed Scallop*. Euell Gibbons era partidario de las dietas naturistas y escribió varios libros al respecto durante la década de los sesenta.

de la carretera, ocupada por unos moteros que se pasaban el día de fiesta, aquel lugar era una ciudad fantasma.

No teníamos televisor ni radio, ni siquiera en el coche, porque mi madre no soportaba los anuncios publicitarios de ninguna clase y la mayoría de la música popular le perturbaba el *chi*. Contábamos, no obstante, con un viejo tocadiscos Capehart y la colección de álbumes de mi madre de bandas sonoras de películas, así que todos mis recuerdos de la infancia llevan la música de Henry Mancini. Mamá pintaba acuarelas de naturalezas muertas y yo escribía poesía al estilo de Emily Dickinson, con quien me identificaba de un modo casi patológico. En consecuencia, para cuando nos enteramos de lo que estaba ocurriendo, las noticias ya eran antiguas. Esto fue lo que sucedió:

Era la primera semana del mes y mamá había ido a nuestro apartado de correos en Providence para retirar y cobrar el cheque de intereses de mi fondo fiduciario. Era dinero que su padre le había dejado para mi cuidado, y la irritaba hasta más no poder no tener el control sobre el capital, que sería mío cuando cumplierse dieciocho años. De hecho, durante un período de varios años, impugnó su testamento con un empeño propio del mismísimo capitán Ahab que a punto estuvo de volverla loca. Los grandiosos planes, siempre cambiantes, que mamá tenía para ese dinero hacían que yo me alegrase de que no pudiese hacerse con él; aunque es cierto que el atracón de compras habría sido divertido. Así las cosas, teníamos lo justo para vivir durante tres semanas al mes y acumulábamos deudas durante la cuarta.

Aquella cuarta semana en concreto, habíamos ido subsistiendo a base de masa para tortitas, arroz basmati y todo aquello que yo sacaba del océano, así que estaba deseando descargar un coche lleno con provisiones y con todas las revistas a las que estábamos suscritas. Después de semanas hojeando las viejas, las nuevas eran como carne fresca. Supe que algo iba mal cuando no la oí salir del coche. El motor se detuvo y ella se quedó allí sentada, como componiendo una nueva historia falsa. En ese momento pensé que se había gastado el dinero, o que la habían estafado y la habían dejado sin blanca. Algo. Se me encogió el pecho y los ojos se me llenaron de lágrimas de frustración: *Otra vez no*.

Pero cuando por fin entró en casa, supe que se trataba de otra cosa. Algo distinto. No traía comida, y yo estaba decidida a indignarme, pero la expresión de su rostro me transmitió una sensación que creía haber superado tiempo atrás: miedo infantil; un miedo que solo puede deberse a la visión de un adulto que se ha venido abajo.

Aferrándome desesperadamente a mi mal genio, pregunté:

—¿Qué ha pasado?

—Cariño. —Tenía la mirada perdida, distante. Se la veía trastornada—.

Está ocurriendo algo extraño.

—¿Qué? Cierra la puerta, hace un frío que pela.

—Lulú...

Evité mirarla.

—¿Qué? —repetí—. ¿Qué ocurre?

—No pude comprobar el correo. Está todo cortado.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué? —Creí que se refería a que había obras en la carretera, o que había habido un accidente. Eso era: debía de haber visto un terrible accidente. Ese tipo de cosas ya la habían trastornado antes. Una vez pasamos junto a los restos de un siniestro cuando íbamos en autobús y ella se tapó los ojos y empezó a gemir «¡Oh, oh, oh!» durante un largo rato, mientras los demás pasajeros nos miraban y yo trataba de tranquilizarla diciéndole que solo habían cubierto el cuerpo que había bajo la sábana ensangrentada «para protegerlo del sol» y que juraba haberlo visto moverse.

Carente por completo de expresión, dijo:

—Ahí fuera no hay nadie. Ni siquiera he podido llegar a la autopista.

Todo estaba atascado.

—No lo entiendo. ¿Dónde no hay nadie?

—En ninguna parte.

Con creciente impaciencia, repliqué:

—Acabas de decir que había mucho tráfico.

—Sí. —Me miró, asintiendo despacio. Me di cuenta de que temblaba como un gatito asustado. Como si estuviese corrigiendo a un preescolar, dijo—: Todos los coches están abandonados, cielo. Simplemente los han dejado en la carretera.

Sentí una punzada.

—Dame un respiro —dije, molesta por mi propia reacción—. Solo estás teniendo un ataque de ansiedad.

Ella cogió aire y pareció que se centraba. Se plantó ante mí de ese modo tan exageradamente serio que sabía que me desagradaba, y dijo:

—Lulú, cariño, no pretendo asustarte. Caray, a veces me olvido de que no tienes más que diecisiete años. Pero te prometo que no dejaré que te ocurra nada. Sé que este último par de años han sido difíciles, pero esto es diferente. Esto no es uno de mis arrebatos.

Yo estaba completamente perdida y solo pude encogerme de hombros con impotencia.

—Paré en la gasolinera de la carretera nacional —dijo—. No había nadie, pero encontré esto. —Apoyó su enorme bolso guatemalteco y sacó una radio portátil de Hello Kitty—. También encontré cajas de raciones militares, comida preparada; están en el maletero. Había todo tipo de cosas desperdigadas por ahí y empecé a recorrer la calle tratando de encontrar a alguien. Lo único que se me ocurrió fue que se tratase de terroristas, ya sabes, tal vez una amenaza de bomba o algo así, y pensé que deberíamos saber qué hacer. No encontré ni un alma. Luego tuve la brillante idea de probar a encender la radio... —sacudió la cabeza, manteniendo sus palabras en el aire por un segundo— y... y creí que era una broma o algo así. El día de los Inocentes. Pero no lo es. —Los dientes le empezaron a castañetear.

Se me pusieron los pelos de punta.

—¿Qué? ¡Mamá, me estás asustando!

—Dicen que, si nos mantenemos ocultos, estaremos a salvo...

—¿A salvo de qué?

Ella me miró fijamente, desfigurada, y entonces lo soltó todo:

—De las mujeres, cariño. ¡Mujeres enfermas! Se llama agente X, pero es una especie de enfermedad como la rabia. Es una verdadera epidemia. Infecta a todo el mundo, pero empieza por las mujeres. Están ahí fuera como... como si fueran una especie de María Tifoidea,² es una locura, y si te atrapan lo contraes. También te puedes contagiar de hombres, una vez que han sido infectados, pero en cualquier caso se supone que no debemos salir. «Cuidado con cualquier persona de aspecto agresivo, inusual o desaliñado.» —Rió histéricamente—. Esas somos nosotras, ¿no es cierto?

Al oír aquello supe que a mi madre se le había ido la olla. Se había imaginado todo aquello, y se había perdido en alguna especie de episodio paranoico y psicótico. El miedo que sentía se convirtió en otro tipo de terror totalmente distinto, unido a la lástima, la soledad y la necesidad infantil. ¿Qué iba a hacer yo? Seguía siendo menor de edad... ¿Qué iba a ocurrirme? ¿Quedaría bajo la tutela del Estado? No tenía familiares que me acogieran y no teníamos dinero. Noté las lágrimas derramarse por mis mejillas.

² N. de la t.: María Tifoidea (Typhoid Mary) fue la primera persona a la que se identificó como portadora sana de las fiebres tifoideas en los Estados Unidos. Fue acusada de contagiar a decenas de personas mientras trabajaba como cocinera, y las autoridades sanitarias la sometieron a cuarentena en varias ocasiones.

—Mamá —supliqué—, vamos. Está bien. Todo va a ir bien. —La cogí del brazo con cuidado—. Vamos, ven a sentarte y descansa. Estás bien, ¿lo ves? Todo va bien, solo tienes que tomártelo con calma. Todo va a ir estupendamente...

Ella se resistía a mis suaves intentos de tirar de ella.

—¿Qué crees que estás haciendo? —estalló por fin—. ¡No estoy loca! —El modo en que dijo aquello, el tono sarcástico en su voz, era tan sumamente normal que cortó como un machete las enredaderas de mi miedo. Seguí tratando de llevarla del brazo, pero mis propios brazos se habían vuelto temblorosos y ella no pensaba moverse ni un ápice.

—Vamos —insistí débilmente.

—No. Lulú, déjalo. —De algún modo, sacó fuerzas de la descabellada dirección que habían tomado las cosas y esbozó una sonrisa.

—¿Qué es tan divertido? —dije, devolviéndosela en contra de mi voluntad.

Aquello abrió las compuertas y ambas acabamos llorando de la risa en un ataque que nos hizo expulsar aquel miedo asfixiante como si de aire impuro se tratase. A los pocos minutos, el ataque cesó y nos quedamos sentadas en el rústico sofá naranja mientras recobrábamos el aliento.

Mamá se recompuso primero:

—Cariño, te juro que no estoy loca. Esto es real. Ojalá no lo fuese, pero lo es.

Aquellas palabras me cayeron como un cubo de agua helada, aunque de un modo menos agobiante que antes.

—De acuerdo —dije, secándome las lágrimas de la cara. Entonces fruncí el ceño y sacudí la cabeza—. Mamá, sigo confusa. ¿Cuándo ha ocurrido todo esto? ¿Cuánto tiempo lleva pasando?

—No lo sé, pero está por todo el país, así que no ha sido de la noche a la mañana.

—¡Por todo el país! —La incredulidad amortiguó el golpe. Una parte de mí seguía confiando plenamente en que todo aquello resultaría no ser más que un montón de gilipolleces.

—Eso es lo que dijeron los de la radio, «todos los centros de población del país». ¡Es la ley marcial, cariño!

—Bueno, ¿y qué se supone que hemos de hacer? Has dicho que lo portan las mujeres. ¿Eso significa que estamos en cuarentena o algo así? ¿Tienen que inocularnos o algo?

—No, solo quieren que nos quedemos encerradas.

—¿Estás de coña? ¿Y qué pasa con los hombres?

—Dicen que los hombres pueden contagiarse de las mujeres, pero creo que, una vez que estás infectado, es lo mismo. Lo siento, mi amor: no he sido capaz de encontrarle el sentido a nada. Tampoco parecía que ellos tuviesen demasiada información.

—Tienen que haber dicho lo que hay que hacer. ¿Y si lo contraemos? ¿Cuáles son los síntomas?

—No han dicho nada sobre eso. Solo que tenemos que quedarnos en casa y seguir pendientes de la radio.

—¿Y si nos ponemos enfermas y tenemos que salir en busca de ayuda?

—Han dicho que no salgamos por ningún motivo.

—Vale, eso es genial. ¿Y si alguna de esas...? ¿Cómo has dicho que era? ¿Mujeres con agente X? ¿Y si llaman a nuestra puerta? ¿Qué hacemos entonces?

Ella se limitó a encogerse de hombros y a responder:

—Escondernos, supongo.

Las raciones de comida preparada, en realidad, no estaban mal. La comida era bastante buena pero, más que eso, daba muestra de un sentido del humor que yo no creía propio de los militares. Sus aburridos envoltorios verde oliva ocultaban divertidos objetos como botellas de Tabasco en miniatura, cacao instantáneo, galletas y caramelos. Cada ración contenía una pequeña sorpresa de algún tipo y, durante dos días, mi madre y yo no hicimos otra cosa que sentarnos a la mesa de la cocina con la radio en medio graznando horrores y abrir raciones a la hora de comer para intercambiar despreocupadamente sus contenidos. De vez en cuando llorábamos, y mucho.

Esto era lo que oíamos en la única emisora que podíamos sintonizar, repetido una y otra vez en inglés y español:

Esta es la emisora de emergencias. Esto no es un simulacro, repetimos, no es un simulacro. Están ustedes escuchando una emisora oficial propiedad del Gobierno Federal. La epidemia de citosis ménade, conocida también como agente X, se ha infiltrado en todos los rincones del país excepto en los más aislados. Debido al catastrófico desmoronamiento de la autoridad civil, se ha declarado el estado de ley marcial y se ordena a todos los ciudadanos que permanezcan en sus casas para que se puedan llevar a cabo tareas exhaustivas de descontaminación. En estos momentos, todos los centros de población del país se encuentran en cuarentena hasta próximo aviso y el sistema interestatal de autopistas permanece cerrado a la población civil. Todos los servicios gubernamentales han sido suspendidos y los funcionarios de emergencias han sido trasladados a una ubicación segura. Se está estableciendo una red de zonas seguras para civiles, pero hasta que estas estén oficialmente operativas, nadie debe buscar refugio

fuera de sus casas. Esto es por su propia seguridad. No se aproximen a los cordones militares. Quédense en sus casas. Tapien puertas y ventanas y hagan lo posible por que sus viviendas ofrezcan aspecto de abandonadas. Por su seguridad, todas las mujeres han de ser aisladas y retenidas, incluso aunque no manifiesten síntomas de contagio de ménade. Una vez que hayan sido expuestas al agente infeccioso, que se transmite a través del aire, pueden transformarse sin previo aviso y transmitir el agente X por contacto a hombres y mujeres por igual. Cuidado con cualquier persona de aspecto agresivo, inusual o desaliñado. Asimismo, cualquier persona con heridas o enfermedades de gravedad es una fuente potencial de infección y se cree que su debilitado sistema inmune le puede hacer vulnerable al patógeno aéreo. Estas personas han de ser retenidas en un lugar seguro y tratadas con extrema precaución, sin importar su aparente debilidad, inconsciencia o muerte inminente. Si se quedan sin provisiones, agua o suministros médicos básicos, no se aventuren a salir al exterior, ni siquiera aunque oigan convoyes militares o cualquier otro movimiento oficial. Se está trabajando intensamente para acudir en su ayuda, pero la magnitud de la crisis requiere de su paciencia. Serán ustedes rescatados. Permanezcan atentos a esta emisora a la espera de noticias e información oficial. Esto no es un simulacro.

La soporífera monotonía de los partes informativos resultaba frustrante, así como la falta de datos concretos. Era como si hubiesen dejado una cinta funcionando en bucle.

—Deben de estar cargándose todo de una forma desproporcionada —dije—. ¿Están muriendo como moscas o esto es una especie de histeria colectiva? Dices que no viste cuerpos, ni nada, cuando estuviste ahí fuera.

—No.

—Y es obvio que ninguna de nosotras está enferma, así que esa cosa aérea no puede ser tan mala como quieren hacernos ver. ¿Y qué coño quieren decir con que las mujeres «pueden transformarse»? ¿Transformarse en qué? Todo esto suena a que hay gato encerrado.

—No digas palabrotas —dijo mi madre, moviendo su café descafeinado.

—Es que esto me saca de mis casillas.

—Lo sé. Siento que deberíamos estar haciendo algo, pero no se me ocurre el qué.

—No podemos quedarnos aquí sentadas para siempre, eso está claro.

—¿Adónde podemos ir? No quiero que nadie nos dispare.

—Lo sé—dije—. Pero vamos a tener que decirle a alguien que estamos aquí. Ni siquiera tenemos teléfono. ¿Qué hay de ese tipo viejo, Cowper, o incluso de esos tíos de la casa de colgados? Siempre que no aparezcamos allí de repente, creo que al menos hablarían con nosotras. Podríamos llevarles un par de raciones de comida.

—Tal vez las necesitemos nosotras. Y, si estuvieran en casa, ¿no crees que ya los habríamos visto? No hemos visto a un alma en semanas. Y por cierto, Lulú, no es un «tipo viejo», es tu padre.

—Lo que tú digas, pero merece la pena intentarlo. He visto su coche ahí fuera. Además, aunque no haya nadie en la casa, al menos tendrá un poco de comida o algo.

—¿Quieres entrar a robar? ¿Estás loca? —Mi madre, un dechado de virtudes.

—¡Oh, por favor!

—¿Y que nos pillen con las manos en la masa? No, no. Gracias, pero no.

—Bueno, ¿podemos al menos ir a ver si están en casa?

—No me gusta la idea. ¿Y si alguno de esos agentes X está flotando por ahí? Creo que deberíamos quedarnos aquí, como dice la radio.

—Mamá, si el agente X es tan malo como dicen, ahora mismo ya lo tendremos. Es decir, si hubiese alguien que nos lo pudiera contagiar. Apuesto a que toda esta zona está desierta: no tienes más que mirar por la ventana. —Corrí la cortina. El paisaje era como una fotografía sobreexpuesta de una inhóspita zona residencial—. Somos como esa gente de la Edad Media que emigró al campo para escapar de la peste negra. Tal vez tengamos suerte, pero no podemos quedarnos aquí sentadas para siempre. Tiene que haber ayuda ahí fuera. —Ni yo misma estaba segura de creerme aquello.

Pero mi madre reflexionó, se mordió el labio y asintió.

Mamá se sentía menos vulnerable trayendo consigo sus esposas de cromo y su pistola Luger de mentira, así que no dije nada al respecto. Condujimos hasta el bungalow de mi «padre» en primer lugar, un pequeño terrenito privado situado al final de una calle sin salida. Tenía un buzón reforzado de acero para prevenir a los gamberros armados con bates, y una vieja trampa para langostas, unas boyas y un letrero de madera serrado a mano que decía «Descanso de Cowper» conferían al lugar un toque pintoresco.

La casa parecía cerrada a cal y canto, pero su gran utilitario estaba aparcado en el camino de entrada. Me pregunté si sería posible extraerle la gasolina.

—Quedémonos en el coche unos minutos —dije—. Démosle la oportunidad de vernos.

—Vale —aceptó mi madre, apagando el motor.

Nos quedamos observando la casa a la espera de cualquier signo de actividad, pero nadie nos observó a través de las persianas.

Pasados unos minutos, mi madre dijo:

—No creo que haya nadie ahí dentro.

—Lo sé.

—Me siento ridícula merodeando por aquí.

—Bueno, pues llamemos a la puerta.

—¿Tú crees?

—Claro, ¿por qué no? —Mientras salíamos, añadí—: Pero creo que deberías dejar la pistola en el coche.

—La guardaré en el bolso.

Subimos al porche con cautela, llamamos al timbre y nos quedamos escuchando los débiles repiques.

—¿Hola? —llamó mi madre, esperanzada.

Nada. En parte fue un alivio. Mi madre me había engañado para conocer al señor Cowper durante una de sus verificaciones y he de decir en su favor que era cordial, pero frío. Lo extraño había sido el comportamiento desesperadamente coqueto de mi madre, que lo aduló sin parar e intentó que su concienzuda persecución pareciese una visita informal. Fue patético. Él continuó con la conversación, siguiéndole la corriente como si fuera un médico en un manicomio, y pude sentir su compasión por mí como si yo fuese el regalo barato de un pariente. Cuando empezó a preguntarme qué tal me iba en el colegio y a mamá le dio por alardear de que yo era un genio, me puse físicamente enferma; tuve la sensación de que él y yo la veíamos con la misma lástima.

En la distancia se divisaba el inmenso depósito de agua junto a la autopista. Al verlo, me pregunté durante cuánto tiempo tendríamos agua corriente... Y electricidad, ya puestos. Se me hizo un nudo en la garganta. Mi ansiedad se vio interrumpida por mi madre, que bajaba ruidosamente los escalones del porche.

—No soporto esto —dijo—. No puedo soportarlo.

Tratando de sonar reconfortante, dije:

—Todo va a ir bien. Estoy segura de que hay más gente como nosotras por ahí. —Supe que estaba al borde de uno de sus colapsos. Era algo de lo que no me sentía capaz de ocuparme en aquel preciso momento, ya que apenas podía conservar mi propia calma. *Dale unos minutos para que se calme*, pensé—. Escucha, tranquilízate un poco —dije—. Yo voy un momento a la casa de los colgados a echar un vistazo. Vuelvo ahora mismo.

—¡No! ¿Tú sola? Ni hablar. Iremos en coche.

—Mamá, conduciendo está al doble de distancia. Desde aquí puedo atravesar por el campo y estaré de vuelta en cinco minutos. Ya sabes lo prudente que soy.

Vaciló: no sabía qué hacer. Con su cabello grisáceo y su bata, de repente parecía muy vieja y triste.

Tratando de zanjar el asunto, dije:

—Sabes que ni siquiera va a haber nadie allí. Quiero decir, ¡mira a tu alrededor! —Señalé las hileras de casitas vacías—. Regreso en un momento, lo prometo.

Asintió con la cabeza, agotada, y dijo:

—Vale, pero no me asustes.

—No lo haré. —Salí corriendo del porche.

Atravesando por los jardines traseros y arboledas poco densas, me sentí tonificada, libre. A veces mi madre era un planeta en sí misma, con una atmósfera densa, claustrofóbica y una fuerte gravedad. Necesitaba compañía, y a mí me tocaba proporcionársela. Estar sola nunca me ha importado; a menudo pienso que yo me lo montaría bien en un confinamiento solitario, siempre y cuando tuviera acceso a libros. Por supuesto, llevar más de un mes encerrada con ella en aquel cubículo no ayudaba. Cuando mi cabeza se hubo despejado, empecé incluso a preguntarme si todo aquel asunto del agente X no sería un puro delirio. No es que creyera algo así, pero todo era tan irreal...

Me detuve para hacer pis junto a un muro de piedra cubierto de enredaderas, escuchando el chorrillo en medio del silencio. Todo estaba condenadamente tranquilo. Sí, tal vez no hubiese nada que temer.

Tras atravesar un prado bajo los tendidos eléctricos, encontré la calle Hull. Era un angosto y sucio camino flanqueado por más casas de veraneo. Mis pasos crujían sobre la gravilla, y me sorprendí a mí misma pisando con suavidad sin saber muy bien por qué. Si no había nadie allí, ¿qué me importaba? Y si había alguien, ¿no debía hacerme oír?

La casa de los colgados estaba al final de la calle, era una casa rodante doble con luces navideñas colgando. La había visto de noche, toda iluminada y atronando una insulsa música tecno a una muchedumbre con futuros casos de sordera. En ese momento el lugar estaba en silencio y apenas resultaba visible, apartado bajo los árboles y rodeado por una valla de tela metálica. Montones de agujas de pino sin recoger cubrían la propiedad. Unos neumáticos cubiertos de cal, que tal vez procediesen de un coche desmontado que había en el camino, servían de macetas. Detrás de la casa se divisaba un decrepito patio bajo los pinos, donde aún resistía una capa de hielo desde la última nevada.

Preocupada por si había perros, hice ruido al abrir la verja y esperé. Igual que antes; ni una respuesta. Volví la vista hacia la carretera para ver si alguien me observaba, pero nada se movía excepto los árboles. Quedarte quieta es lo peor que puedes hacer; te hace imaginar todo tipo de cosas. Como nunca he sido de las que dejan que su imaginación saque lo mejor de ellas, me obligué a mí misma a ponerme en marcha.

Se levantó una fría ráfaga de viento que cerró de golpe una puerta mosquitera en algún lugar e hizo que me volviera. Había sido un invierno muy suave, pero por las tardes siempre hacía viento. Entré en la zona sombría que rodeaba la casa y subí hasta la puerta principal apartando de una patada las piñas que cubrían el escalón. Había colillas por todas partes. «Aquí todos somos amigos»: eso era lo que trataba de comunicar con mi alegre forma de llamar a la puerta.

De nuevo, nada. La soleada calle parecía quedar muy lejos, y ya estaba dispuesta a darme por vencida. Me volví para irme pero, al girarme, toqué sin querer el pomo de la puerta. Se abrió.

Mierda, pensé.

Con la piel de gallina, empujé la puerta y dije:

—¿Hola?

Un fétido hedor a cerrado me golpeó en la cara. Olía como a ceniceros húmedos y leche rancia. Busqué el interruptor a tientas y lo encendí, pero no funcionaba, así que dejé que mis ojos se habituaran a la penumbra. Por un segundo, me dio un vuelco el corazón al ver lo que se me antojó una figura humana en la oscuridad (*¡Ay Dios, ay Dios!*), hasta que su forma se desveló como la de una figura de cartón a tamaño natural de Pamela Anderson. Haciendo acopio de valor, me interné en la casa.

No había demasiado que ver: moqueta de pelo largo color mostaza, un puñado de muebles viejos, un televisor, un equipo estéreo..., cosas típicas de un tío. Pamela era la única decoración. Aquellos eran de la clase de hombres que puede discutir acaloradamente sobre qué atleta profesional debería ser presidente. Probé a encender la tele y no lo conseguí, pero había varios mandos a distancia y es posible que no lo hiciese bien.

Así que aquello era la central de los colgados. Me sentí algo decepcionada. Salvo por unas cuantas quemaduras de cigarrillo, el lugar estaba bastante limpio. Siempre me había imaginado algo un poco más exótico a la par que repugnante. A decir verdad, había albergado un secreto deseo de entrar allí desde la primera vez que mamá y yo pisamos aquel lugar, y había llegado hasta el punto de espiarlos durante su fiesta de Nochevieja, merodeando entre los árboles mientras aquel sitio rugía como una hoguera: mujeres tatuadas, sórdidas y voluptuosas restregándose contra burdos matones, ninguno de ellos mucho mayor que yo, pero sí tan confiados y metidos en su piel como si formasen parte de la realeza; mientras la música, las risas y el tintineo de las botellas alejaban la soledad. Había fantaseado

con entrar en aquel círculo de luz mientras todos se quedaban en silencio y la pareja más siniestramente hermosa (el chico tatuado del pirsin en el labio y su lánguida y sensacional princesa gánster) venía y ambos me agarraban por la cintura. Me daban la bienvenida.

Aquella fiesta fue lo último que oímos en aquella casa, y me parecía probable que nadie hubiese estado allí desde entonces. Atravesé la sala de estar y escudriñé la cocina. No estaba mal. El papel de la pared estaba despegado en algunos sitios y la formica desconchada, pero en conjunto estaba, al menos, tan limpia como la nuestra. Nada de platos sucios ni trozos de pizza; aquellos chicos querían que les devolviesen la fianza. Localicé un teléfono y lo descolgué, pero no había línea. Esto empezaba a ser un fastidio. Comprobé la nevera con una sensación de inquietud, pero tan solo contenía condimentos básicos y unas cuantas latas de cerveza. Odio la cerveza.

Había una colección de herramientas apoyadas sobre la mesa del comedor, como en exposición: cuchillos, hachas, serruchos de podar, cuchillas de carnicero. La visión de todas aquellas hojas afiladas me resultó ligeramente perturbadora, así que volví a la sala de estar pensando que debía regresar antes de que mamá sucumbiese al pánico.

Al cruzar en dirección a la puerta principal, de nuevo me sacudió el pútrido hedor a leche. Me había olvidado de él mientras estaba en la cocina; obviamente, no procedía de allí para nada. Avancé un paso más en el vestíbulo revestido con paneles de madera... Definitivamente, allí el olor era más fuerte. La única habitación que alcanzaba a ver desde allí era el cuarto de baño, situado a mi derecha. Algún idiota había roto la taza del váter, pero aparte de eso parecía vacío y limpio. No, el olor venía de más allá, de las inmediaciones de aquellas puertas cerradas. Tras alguna de ellas debía de apestar. Resultaba imposible no preguntarse cuál era la causa.

Con una increíble rapidez de movimientos, estaba de vuelta en el exterior de la casa y cerrando la puerta principal tras de mí. El hecho de que no la dejase abierta ni la cerrase de golpe debería descartar cualquier idea de que me hubiese dejado llevar por el pánico. Estaba bastante segura de que la fuente de aquel olor no era más que, digamos, una fregona húmeda en proceso de putrefacción. Pero ¿de qué me serviría averiguarlo?

Mientras corría entre un montón de agujas de pino, a medio camino, comencé a oír algo. Era el sonido de unos pasos rápidos: alguien que corría.

¿Alguien haciendo *jogging*? Había algo alarmante en aquel sonido tan cotidiano, pero no quise sacar ninguna conclusión paranoica. Lo más

probable era que se tratase de otra persona que se sentía un poco sola. Tal vez alguien que me sirviese de ayuda. No podía ver nada a través de la pantalla de árboles, pero en cualquier momento nuestros caminos se cruzarían en la verja de entrada. A medida que los pasos se acercaban, sentí un fuerte impulso instintivo de esconderme, pero me limité a quedarme parada muy cerca de la alambrada.

Entonces pude oír más pisadas que seguían a las primeras. Me imaginé a un grupo completo de corredores, un equipo entrenando en pantalones cortos como si nada ocurriese. *Dios, eso estaría bien.* Estaba temblando.

Pude ver al primer corredor. Se movía mucho y tardé un momento en reconocer a mi propia madre. Simplemente me quedé mirando como una estúpida cómo una mujer azul (su rostro tenía el color de un polluelo de gorrión magullado) corría enloquecida hacia mí con sus ropas agitándose tras ella. Su boca abierta era un obscuro agujero negro. Entonces caí: *Esa bata...*

—¿Ma... mamá? —grité, retrocediendo a trompicones.

Cuando trató de saltar la valla, su ropa se enganchó en la alambrada y cayó al suelo. Atenazada por la impresión y el dolor, grité y me abalancé sobre ella para ayudarla, pero me quedé paralizada al verla rodando y revolcándose en la porquería como un animal salvaje. Estaba tan azul; azul como alguien que muere estrangulado... Pero no le faltaba la respiración. Mientras se esforzaba por soltarse, las enormes pupilas negras de sus deslumbrantes ojos estaban fijas en mí. Tenía un aspecto tan maniaco y depredador, que retrocedí encogida por el miedo. Entonces la ropa cedió como si estuviese mudando la piel.

No recuerdo haber gritado, ni corrido, ni que ocurriese ninguna otra cosa durante los segundos que siguieron, pero de algún modo acabé agazapada dentro de la casa, casi sin aliento y con la espalda apoyada contra la puerta principal. La puerta se sacudía en su marco. Yo debía de estar en *shock*, porque el sentimiento que me invadía era el de que llegaba tarde y mi madre estaría preocupada.

Una vez, cuando estaba en cuarto curso, había llegado a casa tan tarde que ella había llamado a la policía. Otras chicas y yo habíamos celebrado una especie de sesión de espiritismo en un cementerio y nos habíamos convencido a nosotras mismas de que las estatuas de los santos se movían cuando no estábamos mirando. Incluso aportamos donativos de nuestro bolsillo. Pero entonces otros chicos menos crédulos y mayores que nosotras aparecieron y arruinaron aquella ilusión.

La puerta dejó de sacudirse y la cosa que estaba fuera abandonó la entrada para rodear la casa. La puerta trasera. Corrí hasta la cocina justo a tiempo de ver a mi madre arrancando la mosquitera de sus bisagras y haciendo añicos el ventanuco que había en lo alto de la puerta. Todo su brazo atravesó el cristal, sin cortarse; una mano azul que recorría la puerta como si fuese un cangrejo en busca de la cerradura. La mitad de su horrible rostro se veía a través de la abertura, con un demente ojo dilatado y saltón rebosando una furiosa ansia.

Llorando, coloqué una silla bajo el pomo de la puerta y dije temblorosa: —Mamá, para. —No podía mirarla.

—Lulú —gruñía ella—. Lulú, ayuda. Ayuda a mamá. Lulú. Sal. —Su voz era gutural, masculina. Su sonido me ponía los pelos de punta como la electricidad estática.

—Mamá, por favor —gemí—. ¡Soy yo! Trata de recordar. Inténtalo.

Sus esfuerzos se volvieron más frenéticos, pero sin éxito; no alcanzaba el pomo. Su brazo se retiró como una anguila y la perdí de vista. Con el corazón a mil, miré por la ventana que había encima del fregadero y divisé un borrón que desaparecía en dirección a la puerta delantera de la casa. Se oyó un estruendo de cristales rotos: la ventana de la sala de estar. Me obligué a moverme de allí y llegué justo a tiempo de ver no solo a mi madre, sino a otros dos monstruos humanos enloquecidos entrando a trompicones por encima del alféizar de la ventana. Uno de ellos no tenía ojos. Aquella horripilante invasión estaba siendo toda una hazaña de agilidad y, de algún modo, eso me aclaró las ideas, porque era algo que mi madre no sería capaz de hacer ni en sus sueños más salvajes.

Salí pitando por puro instinto y apenas los miré al pasar junto a ellos para meterme tras la primera puerta del vestíbulo. Casi había cerrado la puerta del baño cuando me di cuenta de que faltaba el pomo. Entonces me abalancé sobre la puerta más cercana y di con mis huesos en un armario lleno de estantes de productos enlatados y provisiones de emergencia. ¡Mierda! Oía sus atronadores pasos dirigiéndose hacia mí... De repente, la poca luz del día que se filtraba desde la sala de estar fue bloqueada por los cuerpos que se aproximaban. No me atreví a mirar atrás, solo salí disparada hacia la siguiente puerta y la cerré tras de mí. Mientras gimoteaba allí, en la oscuridad, la puerta me golpeaba el hombro con fuerza y hacía que toda la casa se sacudiera. ¡Bam! ¡Bam! ¡Bam!

Mi llanto era un estridente silbido procedente de lo más profundo de mi garganta e interrumpido por violentos accesos de hipo. *La puerta no va a aguantar, no va a aguantar, no va a...*

¿Qué era aquel olor? Me encontraba sumida en una agonía y una desesperación animales, pero incluso eso se veía eclipsado por aquel hedor. Qué hedor. Impregnaba la oscura estancia como un vapor denso y pegajoso, como si hubiesen dejado cebo cortado en una cesta de pescar durante todo el verano. No veía nada, tan solo un hilo de luz bajo la pesada cortina opaca; pero sabía que allí dentro había algo podrido.

Podía oír a los maníacos buscando desesperadamente un modo de entrar por la habitación contigua. Eso me permitió apartarme un segundo de la puerta para correr un poco la cortina, lo justo para que entrase una rendija de luz. Lo hice temblorosa y cautelosamente, no quería que fuera alguien se diera cuenta y entrase haciendo añicos la ventana. Pero no había ni rastro de ellos, el patio estaba vacío. Me volví y chillé.

La habitación parecía un matadero. Había sido un dormitorio, con un futón en el suelo, hileras de CD y un mueble alto con cajones, pero todo estaba perdido de sangre, negra y cuajada, que cubría las paredes hasta el techo. En el centro del futón había una especie de lava sangrienta mezclada con dientes y cabellos. Sobre una silla descansaban varios chubasqueros amarillos manchados de sangre junto con guantes, chanclos y otras prendas protectoras. El suelo estaba lleno de cinta aislante y cinta policial. Al recordar las herramientas que había sobre la mesa del comedor, de repente tuve una extraña revelación: ¿dónde estaban aquellos tíos cuando los necesitaba? En lugar de atenazarse por el terror, mi cerebro pareció despertar de un modo indescriptible e, inesperadamente, se fortaleció ante aquella escena. No todo el mundo es impresionable. Tuve la oportunidad, en aquel momento y lugar, de derrumbarme o vivir... y ser esa clase de persona. Porque la carnicería que tenía ante mí no era obra de dementes afectados por el agente X. Era obra de hombres despiadados.

No fue un proceso mental consciente, sino más bien un arrebató emocional lo que me mantuvo en movimiento.

Arrastré el empapado y hediondo futón contra la puerta y me dispuse a mover la cómoda hasta la ventana. Entonces pensé: *¿Por qué?* Atrincherarme en aquel espantoso lugar no me mantendría a salvo mucho tiempo... A la mierda esa idea. En lugar de eso, incliné la cómoda hasta que cayó sobre el colchón y me dirigí a la ventana para abrir el pestillo. Lo deslicé con facilidad y ante mí se presentó una pista de aterrizaje des-

pejada. Entonces fruncí el ceño: nunca podría dejar atrás a aquellas cosas, ni siquiera a mi propia madre. Ansiosa, me puse a buscar un arma, un palo, cualquier cosa que empuñar hasta que pudiese regresar a nuestro coche... Y tal vez largarme.

Los maníacos enloquecían en el vestíbulo tras haber oído mi grito y la caída de la cómoda. Mientras seguía buscando cualquier clase de arma, abrí el armario y me incliné hacia su interior. Entonces retrocedí tambaleante, como si hubiese recibido una bofetada. En medio de un montón de zapatos de mujer había un cubo de basura verde de plástico lleno casi hasta el borde de restos humanos de un color entre azul y púrpura. Entre todos aquellos despojos pude distinguir parte de una mandíbula, costillas, cabello e intestinos. Pero no fue eso lo que me hizo saltar.

Los restos estaban vivos.

Aunque todas las articulaciones parecían cortadas, la masa entera bullía como un pulpo. Emitía sonidos húmedos y pegajosos, y tuve la descabellada impresión de que era consciente de mi presencia, de que aquellos pedazos brillantes y llenos de venas se hinchaban en dirección a mí.

La puerta del dormitorio estaba cediendo. Moviéndome como si fuera sonámbula, cerré el armario, me arrastré despreocupada a través de la ventana y caí suavemente al suelo. ¡Aire fresco! Allí fuera no había nada raro, parecía exactamente igual que la primera vez que había entrado. Sabía que no había sido un sueño, pero aun así, corrí hacia la carretera semiinconsciente, bajo aquel prosaico cielo invernal, como quien se despierta besando una almohada. Me sentía sucia.

Al atravesar la verja cometí el error de mirar atrás y pude ver a las espasmódicas figuras saliendo por la ventana como murciélagos emergiendo de una grieta. Qué rápidos eran. El pánico me atravesó como un brillante cuchillo atraviesa una telaraña y me alentó a correr más de lo que nunca lo había hecho, más de lo que realmente era capaz aparte de una carrera corta. Nunca había sido muy deportista, salvo por el buceo, y eso no requería demasiada resistencia.

Llegué al primer cruce y giré a la derecha sin atreverme a tomar el atajo de antes. Los oídos empezaban a pitarme, la sangre se me subía a la cabeza y me faltaba el aliento. Tenía un sabor de boca metálico. *Por favor, Dios*, rogué. Había procurado no volver la vista atrás, pero mientras corría empecé a tener la sensación de que a lo mejor aquellas criaturas ya no me perseguían, que habían perdido el interés. Los pulmones me ardían. Me arriesgué a mirar atrás y perdí el equilibrio; resbalé, me caí y me despellejé

las manos y las rodillas. Mi sudoroso rostro y mi vestido se llenaron de polvo. Me odiaba a mí misma.

Pero no había indicios de perseguidor alguno. Con el corazón a mil, me puse en pie y escudriñé la carretera. Nada. Nada excepto...

A mi derecha percibí un movimiento entre las casas y los jardines. Me estremecí y cogí aire súbitamente. Eran ellos, los tres, atravesando el césped contiguo a la carretera y dividiéndose para interceptarme. Mi madre era la que más cerca estaba; ocupaba el centro, sin pudor alguno a pesar de ir en ropa interior, y se movía rápido y a saltitos como un juguete de cuerda. A su lado iba un hombre, un soldado desaliñado y de tez morena vestido con un uniforme hecho jirones y cuyo rostro parecía el ceño fruncido de un ídolo tiki. El último era un muchacho alto y ágil que parecía más o menos de mi misma edad, pero cuyos ojos eran únicamente unas espantosas cuencas negras. Se movía con la misma seguridad que el resto.

Con piel gris azulada, parecían un trío de deidades hindúes con extremidades de goma. Al girar yo a la derecha, ellos atravesaron diagonalmente para interceptarme, lo que demostraba, al menos, astucia animal. No estaban cansados. Sus rostros disparatadamente deformados no reflejaban más que una salvaje obsesión. Ni siquiera un cruel regocijo; no tuve la impresión de ser un entretenimiento para ellos, sino únicamente una materia prima.

Volví sobre mis pasos con las piernas temblorosas, tratando de esquivar la trampa que se cernía sobre mí. El que se desvió para cortarme el paso fue el chico ciego, y su desgarrada agilidad me hizo pensar: *¡Sin miedo!* Llevaba la lengua colgando mientras corría y vestía un chándal andrajoso y un medallón de oro alrededor del cuello.

Me tenían: me bloquearon el paso y tuve que detenerme. Mi única esperanza era el campo por el que había atajado para llegar hasta allí, pero no me parecía buena idea correr sobre un suelo irregular. El sudor me agujijoneaba los ojos. Me lancé hacia el arcén y aterricé a cuatro patas a medio camino del terraplén. Me agarré a los tallos muertos de los algodoncillos del año anterior, pero se desprendieron de la tierra suelta como el tapón de una bañera, así que me caí de culo.

Todo había terminado. Mis piernas eran como espaguetis; mi agitado pecho, una caldera de carbón. Me incorporé y busqué infructuosamente una piedra de un tamaño decente entre la fría arena mientras veía que venían hacia mí.

No aminoraron el paso del modo en que lo haría una persona cuando sabe que ha vencido, sino que se reunieron en torno a mí con la misma

premura e hiperactividad que habían demostrado todo el tiempo. Desde el suelo contemplé, primero, sus caras de gárgola, a continuación sus torsos y, finalmente, el resto de su cuerpo que se abalanzaba sobre mí. Me tapé los ojos y gimoteé:

—Te quiero, mamá...

Entonces un coche los atropelló.

Al principio solamente oí el motor y el chirrido de los neumáticos sobre la gravilla. El conductor debió de acercarse con sigilo y acelerar a fondo en el último minuto, porque yo me destapé los ojos justo a tiempo de ver a mis tres ávidos atacantes salir despedidos como piezas de ajedrez que se apartan del tablero de un manotazo. Se oyó un triple impacto, un potente redoble de tambor (¡catapún!) y el tintineo de los trozos rotos de los faros mientras el coche los arrollaba. Llovieron piedrecitas sobre mí. Inmediatamente, el conductor echó el freno y coleó hasta detenerse. Fui vagamente consciente de un ruido entre la maleza del borde de la carretera, y me di cuenta de que los cuerpos de mi madre y los otros dos acababan de golpear el suelo en aquel preciso instante.

Haciendo girar las ruedas en sentido contrario, el coche retrocedió en medio de la nube de polvo hasta quedar junto a mí. Era el Expedition azul de Cowper. Desde mi ángulo no alcanzaba a ver al conductor.

La ventanilla del lado del copiloto se abrió.

—¡Eh, chiquilla! ¡Lulú! —Era la voz nasal de Fred Cowper.

—¿Sí? —dije yo, reacia a moverme.

—¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?

—Creo que sí.

—¿Entonces a qué estás esperando? ¡Métete en el maldito coche antes de que vuelvan esos bastardos!

Estuve a punto de decir «Estás hablando de mi madre», pero no lo hice. Me puse de pie, dolorida, atisbé con esfuerzo a Cowper (que me miraba con aire sabiondo a través de unas gafas de culo de vaso) y tiré de la manilla de la puerta. No abría.

—Desbloquéala —le dije.

—Está desbloqueada —respondió con impaciencia—. ¡Tira fuerte!

Tiré y tiré, y lo miré encogiéndome de hombros.

—¡Me cago en la puta! —Se inclinó sobre el asiento del copiloto para manipular la manilla de la puerta, pero no se movía. Lo oía murmurar—: Esos putos bastardos se han cargado mi coche.

El frontal derecho se hallaba ligeramente abollado por la colisión. La puerta y el parachoques estaban hundidos, pero no parecía estar tan mal.

Eché un vistazo hacia la parte trasera del coche y descubrí a un grupo de personas, ocho en concreto, que corrían hacia nosotros. Incluso en la distancia resultaba muy fácil saber qué eran. Cowper, nervioso y enfadado, alargó sus huesudas piernas por encima del asiento del copiloto para intentar aflojar la puerta de una patada. El coche se encontraba repleto de cajas, de lo contrario me habría metido por cualquier otra puerta.

—¿Y qué pasa con la ventanilla? —pregunté, inquieta.

Él me ignoró y siguió golpeando el coche con sus inútiles patadas.

—¿Y si trepo por la ventanilla?

—Relájate —dijo él. Entonces miró por el espejo—. Mierda. De acuerdo, entra.

Entrar por la ventanilla no resultó tan fácil como yo esperaba. Era como volver a estar en clase de gimnasia. Cometí el error de subir un pie primero, pero estaba demasiado alto, y me quedé incómodamente colgada de la puerta por un pie y por un brazo, con el vestido enrollado en la cintura.

—¡No puedo hacerlo! —grité.

—¡Oh, por el amor de Dios! —me espetó, bajándose del coche y rodeándolo hasta llegar a mi lado. Creí que iba a intentar empujarme, y tuve una fugaz visión del osito Winnie atascado en la madriguera de Conejo, pero tiró de mí y me mandó dar la vuelta para entrar a toda prisa por el lado del conductor. Mientras obedecía, me inquietó percatarme de que él no me había seguido al interior, sino que estaba tratando de forzar la puerta con una navaja.

Tras él, algo se movió bajo la maleza. Igual que el payaso de una caja sorpresa, el soldado azul surgió junto a un cardo y se quedó allí, balanceándose suavemente. Su cuerpo era como un tubo de pasta de dientes apretado, su cabeza como un sangrante Picasso. Entonces el chico sin ojos revivió y apareció de una sacudida cerca de su compañero, aún más maltrecho... Y a continuación, mi madre. Al verla me quedé sin aliento.

—¡Señor Cowper, ya vienen, ya vienen! —dije con dificultad mientras las lágrimas desbordaban mis ojos—. Tiene que darse prisa, entre en el...

—No te preocupes, ya los veo allí atrás. —Ni siquiera estaba mirando.

—¡No, los otros, los que atropelló! Están ahí, mire...

Los tres despojos se encaminaron hacia nosotros, sacudiendo la maleza y atravesando el arcén.

Cowper hizo un último esfuerzo y la puerta se abrió de golpe.

—¡Apártate, por Dios bendito! —chilló, arrojándose por encima de mí y colocándose como pudo al volante. Era ágil para su edad, pero aun así tardó un momento en acomodarse. En ese tiempo, las tres criaturas alcanzaron mi lado del coche, arrastrando miembros rotos e intestinos sucios tras de sí.

Observé que se acercaban a través de la ventanilla abierta y con la puerta sin el seguro echado, sencillamente porque no sabía qué botón servía para cada cosa y no quería cometer un error fatal. En el retrovisor lateral pude ver también a los otros ocho, una tribu de inquietantes duendes que se acercaba a toda prisa para unirse a la fiesta.

Cowper pulsó el botón de la ventanilla. Cuando empezó a subirse, de repente un rostro apareció ante el espejo y se asomó a la ventanilla. Era la arpía polvorienta que había sido mi madre. Estaba irreconocible. El blanco de sus ojos era de un negro intenso y lloraba lágrimas de color azul oscuro que surcaban aquel rostro de payaso tan hinchado que apenas tenía unos rasgos definidos; no era más que ojos y labios.

Aquellos inmensos labios se separaron para graznar «Lulululululululú» hasta quedarse sin aire. Entonces resolló y siguió. «Lulululululululú». Sin parar, mientras forcejeaba con la puerta. Seguía teniendo fuerza, pero no destreza, y el tirador se le soltaba de la mano todo el rato. Los otros dos la alcanzaron chocándose uno contra otro en su afán por colarse en el coche. Hilos de baba negra cayeron sobre mí y me aparté todo lo que pude de la puerta sin soltar la manilla.

—¡Ponga el seguro! —grité—. ¡Bloquee la puerta!

Mientras lo decía, los seguros se deslizaron con un clonc inmensamente reconfortante.

—No tienes que esperar a que yo lo haga, ¿sabes? —gruñó Cowper. Volviéndose para mirar atrás y con una mano sobre el volante, dijo—: Abróchate el cinturón.

Y arrancó el enorme Ford marcha atrás. Como por arte de magia, las tres criaturas andrajosas se quedaron mordiendo el polvo. La visión de sus cuerpos cayendo fue tan agradable como una agonía; no estaba preparada para tener esperanza, y tal vez nunca lo estaría. Estaba abandonando a mi madre.

Seguimos circulando marcha atrás con rapidez, corrigiendo la trayectoria como fijando el objetivo, hasta que se produjo un discordante golpetazo múltiple y el coche botó sobre algo. Atravesamos la fila de maníacos, la mitad de los cuales se aferraron desesperadamente al coche mientras los

demás quedaban tendidos en la calzada. Una vez que nos libramos de todos, Cowper se detuvo, cambió de sentido y arrancó a una velocidad más pausada.

—¿Tengo que pedirte que cierres esa ventanilla? —se quejó—. Tengo la calefacción puesta.

—Lo siento —dije, mientras buscaba el botón.

De repente, empecé a temblar con tal violencia que tuve miedo de que Cowper pensara que me pasaba algo realmente grave y me echara del coche. Pero no me estaba prestando atención. Miraba por el retrovisor con denodada insistencia, asintiendo para sí.

—Y ese es el motivo por el que conduzco un todoterreno —dijo.